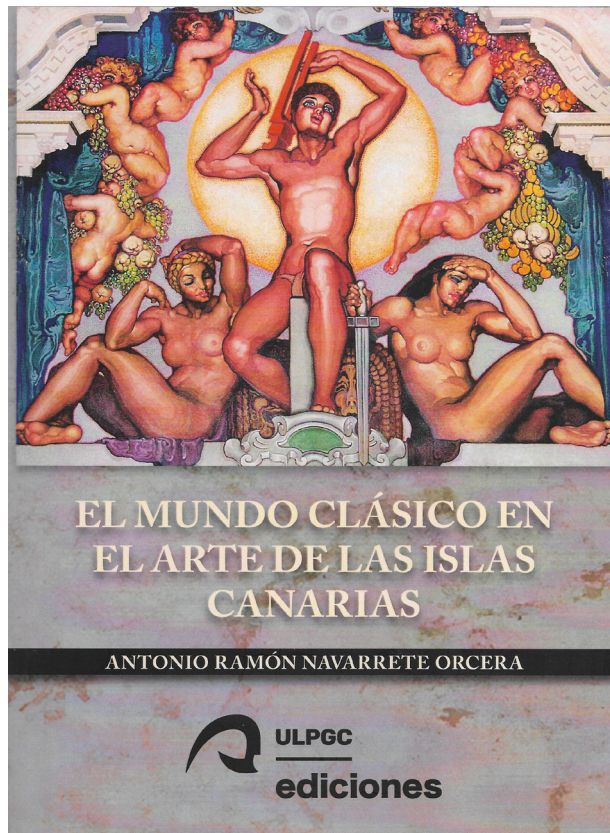


ANTONIO RAMÓN NAVARRETE ORCERA, *El mundo clásico en el arte de las Islas Canarias*, Colección “Divulgación Científica”, nº 23, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, Las Palmas de Gran Canaria, 2025, 182 pp., I.S.B.N. 978-84-9042-559-6.



Aunque es cierto que en la literatura antigua son numerosas las referencias a las Islas Canarias —Estrabón, Plutarco, Plinio (el primero que identifica las Islas Afortunadas con el Archipiélago Canario), Arnobio o Filóstrato (quien en su obra *Imágenes* describe algunas imágenes

que vio en una casa de Nápoles, que corresponderían al paisaje de las Islas)—, al no haber una conquista o colonización física por parte de las grandes civilizaciones antiguas, estas se mantuvieron durante siglos en el terreno del mito y la fabulación, de modo que muchos mitos clásicos se ubicaron en aquellas tierras situadas, según se creía, en los límites occidentales del mundo: Islas de los Bienaventurados, los Campos Elísios, la Atlántida o el territorio donde Hércules o el mismísimo Ulises protagonizaron alguno de sus trabajos o aventuras. Todos estos aspectos han llamado la atención de los estudiosos, en particular del helenista canario Marcos Martínez Hernández. Pero faltaba por tratar la presencia del mundo clásico, en particular del mito, en las realizaciones artísticas surgidas en las Islas después de que estas, tras su conquista y repoblación por los europeos a partir del siglo XV, abandonaron el mundo legendario para pasar a ocupar un lugar propio en la historia de Occidente.

De este estudio tan necesario se ha ocupado uno de nuestros mayores expertos en la tradición y el legado clásico en el arte, sobre todo, el que tiene que ver con la mitología clásica representada en palacios y en diversos tipos de edificios públicos, el profesor Antonio Ramón Navarrete Orcera, en el libro que ahora reseñamos, que ha sido publicado por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria en su Colección “Divulgación Científica”.

En cuanto a su estructura, el libro recoge las principales muestras del arte clásico desde el Renacimiento hasta la actualidad, divididas en tres bloques principales, además de la breve Introducción (pp. 9-14): Arquitectura (pp. 15-34), Escultura (pp. 35-79) y Pintura (pp. 81-146), la parte más extensa. Dentro de cada bloque, el estudio de las diversas manifestaciones se clasifica cronológicamente por siglos, si bien en la Escultura se distingue entre escultura religiosa, escultura en fachadas, escultura en plazas y jardines, esculturas en museos y esculturas de los siglos XIX y XX, mientras que en la Pintura se combina la clasificación cronológica con otra temática que distingue en epígrafes independientes los tapices mitológicos, la pintura en edificios (al fresco o al óleo) y la pintura en museos. Completan el libro una amplia bibliografía (pp. 147-162), y una serie de índices, de personajes (pp. 163-170), de artistas (pp. 171-175) y de edificios (pp. 177-182), de gran valor porque facilitan al lector encontrar rápidamente cualquier contenido que le interese.

Los trabajos del profesor Navarrete Orcera se caracterizan por exhibir una gran erudición, con datos y juicios de muy diverso tipo,

sobre los edificios y obras estudiados, algo que se repite en el presente caso. Se suele dar bastante información sobre los autores de las obras y el contenido de las mismas, sobre todo de las más logradas o cercanas al mito clásico, lo cual tiene que ver con el componente didáctico y divulgativo que este experto trata de transmitir en sus trabajos. Junto a la información textual, las imágenes, a menudo de gran calidad y obtenidas por el propio autor *in situ*, no son mero complemento visual, sino que completan lo que el lector encuentra en la exposición textual. Otro elemento fundamental son las notas, que en esta ocasión no van al pie de página, sino al final de cada uno de los bloques temáticos, seguramente por exigencias de la colección dentro de la cual ha sido publicado el volumen. Aunque en todos sus trabajos el aparato de notas está muy cuidado, creemos que en el caso de este relativamente pequeño volumen lo está especialmente. Son notas muy numerosas, de muy diverso tipo, que resolverán cualquier duda que al lector se le plantee en la lectura de los monumentos y obras recogidas en este auténtico catálogo del arte de temática clásica en Canarias.

Yendo a aspectos concretos que han llamado nuestra atención, en la arquitectura canaria, debido a su tardía conquista, hasta mediados del siglo XVIII es habitual encontrarnos con una especie de indefinición en materia de estilo y con la adopción de multitud de lenguajes e influencias debido a la heterogeneidad de la población que colonizó las Islas. Así, no es extraño encontrar en pleno siglo XVIII tanto arcaísmos, como elementos góticos o mudéjares, mientras que los lenguajes cultos se encontrarán sobre todo en los edificios representativos de los poderes civil y religioso.

A este respecto, en torno a 1530 se introduce, de la mano de la arquitectura, el primer Renacimiento en las Islas con el nombre de “obra romana”. Esta se da sobre todo en edificios religiosos, donde sus capillas suelen estar decoradas con grutescos. En el caso de los edificios civiles, lo habitual es el uso de columnas de los órdenes jonio y corintio, relieves con rostros de perfil y grutescos, como ocurre en el Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma, el edificio renacentista más importante de las Islas.

En la arquitectura del XIX, el clasicismo refleja las ansias de poder de una burguesía naciente, que ha abandonado el campo por la ciudad, fruto de la mejora socioeconómica de las Islas. Sus actuaciones van a

producir una profunda remodelación en el diseño urbano. En el caso concreto de la mitología, esta entrará de la mano del Neoclasicismo, que se instaló en Canarias con cierto desfase cronológico y que se manifestará en todo tipo de edificaciones.

En el terreno de la escultura, el siglo XVII está dominado por la escultura religiosa, mientras que en el XVIII se va imponiendo el sentido laico, liberal y cosmopolita de la naciente burguesía. Como en la arquitectura, las fórmulas clasicistas penetrarán de la mano del Neoclasicismo que caracterizará al siglo XIX. Como señala Navarrete Orcera, la escultura mitológica en las Canarias presenta varios condicionantes que el autor tiene en cuenta para su clasificación y que le lleva a dividirla en: escultura inserta en la arquitectura de los edificios, escultura situada en plazas, alamedas o jardines, la que se alberga en museos o la que pertenece a escultores concretos (siglos XIX-XX) (pp. 37-40).

Las esculturas de las fachadas, que sirven para potenciar los valores de la arquitectura, suelen tener una temática alegórica. La situada en espacios abiertos solía importarse del extranjero, ante la preferencia de los artistas locales por las representaciones religiosas. En este tipo de escultura, ya en el siglo XX, alternan los temas mitológicos con los alegóricos¹. De las esculturas albergadas en museos, destacan, entre otras, las del Museo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, con obras datadas entre los siglos XVI y XX, como los bustos de *Artemisa de Versailles* y *Apolo de Belvedere*, situadas a la entrada del museo; la Casa Museo León y Castillo de Telde, donde los temas mitológicos se encuentran sobre todo en esculturas y relojes de mesa de origen francés, de finales del XIX; o el Museo Municipal de Arucas (Gran Canaria), con una importante colección de escultura, de temática alegórica y figuración clásica, obra del escultor Abraham Cárdenes y de sus discípulos. En lo relativo a los escultores de los siglos XIX y XX, como señala Navarrete, mucha de la documentación que nos ofrece proviene de la obra *Escultura canaria contemporánea (1918-1978)*, publicada en 1984, por lo que en este epígrafe son escasas las ilustraciones.

Respecto a la pintura, es curioso que la pintura mitológica entró pronto en las Islas, en la primera mitad del XVI, pero lo hizo en forma

¹ Los hoteles, como dice el autor, son un caso aparte, pues son frecuentes las columnas y esculturas clásicas, como se ve en el Cleopatra Palace Hotel, con su doble columnata coronada por dieciséis arqueras y las escenografías de su piscina, que intentan reproducir la Villa de Adriano en Tívoli (Roma) (p. 51).

de tapices. Del siglo XVII es la sorprendente colección de tapices del Ayuntamiento de Adeje (Tenerife), cuya temática mitológica no es fácil de identificar porque los personajes representados son de pequeño tamaño, sin atributos que los identifiquen e insertos en paisajes boscosos con edificios clásicos o renacentistas de fondo. De hecho, Navarrete dedica las pp. 84-88 a ofrecer una completa propuesta de identificación apoyada en una galería de imágenes de los mencionados tapices, centradas la mayoría en las figuras principales en ellos representadas.

En cuanto a la pintura propiamente dicha, durante los siglos XVII y XVIII lo predominante es la pintura religiosa, por el peso de las órdenes e instituciones religiosas en las Islas, reduciéndose la presencia de la pintura mitológica a proyectos muy concretos que ponían en marcha personalidades como el escritor Cristóbal del Hoyo-Solórzano, que encargó para su residencia de Icod de los Vinos unos frescos inspirados en las *Metamorfosis* de Ovidio. Durante los siglos XIX y XX los temas más comunes fueron los retratos, los paisajes, las costumbres y las copias de los grandes maestros, como es el caso de una pintura de tema histórico, *Sentencia y muerte de Tito y Tiberio*, de Juan de Miranda, copia fiel de un grabado francés del *Compendio de Historia Universal* de Anquetil. No obstante, la pintura mitológica tuvo escasa relevancia en el XIX, mientras que en el XX, más que de estilos hay que hablar de actitudes ante la vida y la realidad. A este respecto, uno de los pintores tinerfeños más apreciados actualmente es Fernando Álamo González, que tiene una obra, sin título, relacionada al parecer con el tema de *Hilas y las ninfas* (1896) de Waterhouse.

Respecto a la pintura al fresco, fue cultivada sobre todo en el XIX, con una temática más alegórica que mitológica. El edificio más importante decorado con pinturas al fresco de Santa Cruz de Tenerife es el palacio de Capitanía General de Canarias, construido en la segunda mitad del XIX. En la planta noble del edificio, donde se desarrollan los principales eventos militares, se encuentra una serie de frescos, en doce recuadros pictóricos, que constituyen el primer programa iconográfico de las Islas Canarias, donde se exalta la unidad de las Islas, el mestizaje del pueblo canario y su pertenencia a España. En la mayoría se representan figuras femeninas de inspiración clásica, con túnicas y coronas de flores y acompañadas de cupidos; estas figuras femeninas, además, sujetan el escudo de la isla en cuestión. A la descripción pormenorizada de estos doce frescos le dedica Navarrete las pp. 100 a 109.

El apartado se cierra con la referencia a pinturas en museos, entre las que destacamos las de Néstor Martín Fernández de la Torre, a quien su ciudad natal, Las Palmas, le dedicó un museo en donde, entre otras representaciones mitológicas, encontramos *Leda y el cisne*, *Adagio*, *Hércules entre llamas amasando el túmulo de Pirene* y *Sátiro del Valle de las Hespérides*.

A modo de conclusión, como es habitual en sus trabajos, Navarrete consigue en este volumen sobre la presencia del mito clásico en el arte de las Islas Canarias compaginar la erudición con la divulgación (algo muy difícil de conseguir), de forma que una obra como esta será bien acogida tanto por el público profano interesado en la tradición clásica, como por el especialista en arte o en el mundo clásico, ya que tendrán acceso a través de ella a uno de los aspectos más desconocidos de nuestras Islas Afortunadas.

Cristóbal Macías

Universidad de Málaga